

metió la artillería por la angosta y honda calle de Coron, como en una ratonera, donde diez ó doce mil vendeanos, descendiendo de las alturas, acuchillaron á los artilleros sobre los cañones y ahuyentaron á la masa de los infantes tan torpemente dirigidos. El gran general de los hebertistas no mostró otras cualidades militares que las de una audacia ciega y brutal. Para remate de función, la columna que había ido á Beaulieu fué batida al día siguiente. En todos estos combates distinguieronse, en las filas de los vendeanos, una porción de mujeres, por su bravura y ferocidad. De una de ellas nos ha llegado una relación, en la que alardea de haber matado por sí sola á veintidós «azules», republicanos, á sablazos, y de haber «cortado el cuello á su propio tío, que encontró á la cabeza de una compañía republicana».

El plan de operaciones contra la Vendée había fracasado completamente, por más que el ejército de Maguncia hubiese hecho todo lo que se tenía derecho á esperar de él. El bravo y leal representante Philippeaux dirigió al Comité de Salvación Pública, con aprobación de sus colegas de Nantes, enérgica carta denunciando sin ambages la incapacidad de Rosiñol y la traición de Ronsin, y Merlin de Thionville fué en persona á leer la carta ante la Convención. A París corrió también el infame Ronsin, á oponer denuncia á denuncia, á acusar á Canclaux y Aubert Dubayet de haber desorganizado el ejército, y á quienes ¡mentira parece! logró separar del mando merced al apoyo de Robespierre, que seguía sosteniendo á los hebertistas. ¡Tan mezquinas eran las pasiones que movían las voluntades en aquellas altas corporaciones! En el alma sintiólo Carnot, conocedor de lo que valían los generales destituidos, pero no pudo atajar el decidido propósito del Comité y de la Convención, de despedir á todos los oficiales de origen nobiliario ó de procedencia extranjera. Propósito desatinado, hijo de la suspicacia, tan injusto como perjudicial, que privaba á la República de los servicios de bravos y entendidos campeones que habían tenido el mérito, los unos, de renunciar á los prejuicios de su nacimiento, los otros, de abandonar su patria para consagrar sus energías á la Revolución. Carnot procuraba atenuar estas pérdidas empleando como auxiliares en los trabajos de su ministerio á oficiales distinguidos, que ocultaban sus nombres nobiliarios para escapar á la persecución. Y no paró en esto. Omnipotentes con el apoyo de Robespierre, los hebertistas llegaron á separar del ejército de la Vendée, no solamente á los generales, mas también á los representantes que habían servido mejor á la República, á Philippeaux, Merlin de Thionville, Rewbell y Cavaignac, dejando no más que á los jacobinos más violentos, entre ellos á Carrier, que se acababa de enviar á Nantes. Y gracias que, por un resto de buen sentido, no se llegó al último límite en complacer á los hebertistas, quienes, si lograron separar á sus adversarios, no pudieron sostener á sus amigos: Rosiñol fué llamado de Saumur y Ronsin no volvió allá. El Comité de Salvación Pública adoptó el nuevo y excelente plan de reunir las fuerzas de Nantes y de Saumur en un solo ejército, que se denominó del

Oeste. Mas, por si fuera poca la anarquía, surge aquí una nueva voluntad, más apasionada aún que las otras, la de los clubs, que se obstinan en inmiscuirse en esta guerra, como si fuese cosa suya, y sostenidos en el Comité por la política de Robespierre y por el fanatismo de Billaud-Varennes y Collot de'Herbois, imponen un general en jefe más inepto aún que Rosiñol, Lechelle, sólo que no tenía tras sí á un Ronsin. En virtud de una comunicación de Barere, donde cada cláusula tenía por tema «destruir la Vendée», y de esta destrucción se hacía depender la destrucción de la República, la Convención dirigió una proclama al ejército del Oeste, que concluía: «Soldados de la libertad: Es preciso que los bandidos de la Vendée sean exterminados para fines de Octubre!»

Antes de que la noticia de las medidas adoptadas en París llegase al ejército de Nantes, Canclaux había vuelto á tomar la ofensiva, marchando en derechura al punto central de Mortagne, á donde esperaba que concurrirían por Chatonnay los tres cuerpos de Olenne, Luzón y Fontenay. Nueva decepción. Tampoco la unión se efectuó; mas no por mala intención, sino por una falsa maniobra, que por fortuna no causó las mismas desgracias que la traición anterior, merced al vigor de los maguntinos, resueltos á morir ó vencer. Sabedor de que los refuerzos no llegarían, no por esto dejó Canclaux de avanzar, y se hallaba ya frente al enemigo cuando recibió el despacho que lo separaba del mando. No lo resignó. Siguió en su puesto hasta alcanzar el seis de Octubre una señalada victoria en San Sinforio. También aquí iba Kleber á la vanguardia, y al oír gritar á sus soldados: «¡Mi general, no tenemos cañones!», les respondió: «¡Está bien; vamos á buscar los que perdimos en Torfoul!» «¡Bravo!», gritan los soldados, y arremeten á la bayoneta arrollándolo todo á su paso. El siete de Octubre partió Canclaux, despidiéndose del ejército con adioses muy sentidos. «Me retiro, escribí á los representantes del pueblo, con la sumisión de un republicano que no sirve á su patria sino cuándo y cómo ella quiere ser servida». ¡Qué contraste entre la nobleza de este lenguaje y la suspicaz conducta de la Convención!

El ocho de Octubre llegó al ejército de Maguncia el nuevo general en jefe, Lechelle, cuya ignorancia y torpeza parecieronle tan peligrosas á Merlin de Thionville, el cual no había recibido aún la orden de llamamiento, y á otro representante, que encargaron á Kleber del mando efectivo, dejando á Lechelle no más que el título y las apariencias. En este arreglo se les fueron algunos días, que Chalbos, general del ejército de Saumur, aprovechó en derrotar por dos veces á los vendeanos y señorearse de Chatillon, residencia habitual del Consejo superior de los insurrectos. Al fin, el catorce de Octubre se puso en movimiento el ejército de Maguncia, entrando al día siguiente sin resistencia en Mortagne, donde se le unió la columna de Luzon, mandada por un joven destinado á un gran porvenir, Marceau; siguió avanzando; en San Cristóbal, camino de Mortagne á Chollet, libró victoriosa batalla, en la que Merlin se puso á apuntar cañones, como en Maguncia, y rivali-

zaron en rasgos de valor Kleber y Marceau; el diez y seis entró en Chollet, que el enemigo había evacuado, y en la noche siguiente se le incorporó Chalbos, sumando juntos los dos ejércitos de veinte á veintidos mil hombres, henchidos de confianza y de ardimiento. La operación fracasada el mes precedente habíase logrado ahora; de victoria en victoria, los republicanos habían penetrado en el mismo corazón de la Vendée.

El quebranto en las masas insurrectas era visible. Uno de sus jefes más populares, Lescure, estaba mortalmente herido; Charette, disgustado por habersele despojado de su parte de botín en San Fulgencio, habíase vuelto á hacer la guerra por su cuenta en el Marais; d'Elbée y los otros jefes tenían todavía á su alrededor la masa de los insurrectos del alto Poitou y del Anjou, pero la turbación y la angustia invadían el alma de aquella muchedumbre, acosada por el hierro y el fuego hasta en las profundidades de su Bocage. Bonchamps, el más inteligente de sus generales, abrigaba de tiempo atrás el pensamiento de ensanchar el teatro de la guerra llevándola al Norte del Loira, en Bretaña, en la esperanza de hallar poblaciones dispuestas á «engrosar el ejército católico». No era de este parecer el general en jefe d'Elbée, y tras empeñado debate, el Consejo de guerra acordó, intentar un supremo esfuerzo, dar la postrera batalla en la ribera izquierda del Loira, pero cuidando de asegurar los medios de pasar el río para el caso de una derrota. Se envió un destacamento á apoderarse de los dos pasos del Loira, Varades y Ancenis, y en seguida, cuarenta mil vendeanos se lanzaron como fieras contra el ejército republicano, en Chollet. Esta fué la mayor jornada de aquella terrible guerra; era el diez y siete de Octubre. D'Elbée, Bonchamps, el joven é impetuoso la Rochejaquelein, empujaron á sus soldados con energía desesperada y los hicieron cargar en apretada columna, lo que no habían hecho nunca. Entre los republicanos, jefes y soldados rivalizaron en intrepidez. Merlin de Thionville y otros seis representantes del pueblo, á caballo, sable en mano, daban ejemplo. Kleber, con su alta estatura, semblante varonil, cabello flotante, y Marceau, joven, agraciado, heroico, llenaban á todos de entusiasmo. Durante cuatro horas estuvo indecisa la fortuna. D'Elbée cayó, cayó Bonchamps, ambos heridos de muerte. Al ponerse el sol, el ejército vendeano cedió en toda la línea, y la noche ocultó su derrota. Los vencidos refluieron hacia San Florencio, llevando en pos de sí enorme multitud de heridos, enfermos, sacerdotes, mujeres, niños, viejos, escapados los unos de las aldeas incendiadas, venidos los otros de diversos puntos, abandonándolo todo, para salvarse ó perecer con el ejército. En la mañana del diez y ocho de Octubre, veíase apiñados en la playa que se dilata desde las alturas de San Florencio hasta el Loira á ochenta mil desgraciados, gritando, llorando, llamando desesperados á las pocas barcas que pasaban y repasaban incesantemente, transportando pequeñas fracciones de aquella muchedumbre á la orilla derecha, en Varades. El ruido del cañón enemigo retumbaba cada vez más cerca; el humo de las aldeas incendiadas encapotaba el horizonte, formando todo junto una grandeza tan terrible, que

los testigos de ella creyeron ver erguirse delante de ellos «la imagen del juicio final,» según escribe en sus Memorias la viuda de Lescure.

Hubo como un segundo drama, en aquel drama inmenso. Mientras la muchedumbre se oprimía en la orilla del Loira, los generales y los principales del ejército discutían en el lugar de San Florencio acerca de la vida ó muerte de cinco mil prisioneros republicanos, encerrados en la iglesia. No era nuevo que los vendeanos degollasen por centenares á los prisioneros, contra la voluntad de muchos de sus jefes; mas ahora, los jefes mismos son los que, exasperados por la derrota, resuelven fusilar á aquellos miles de presos, pero luego retroceden ante el horror de semejante ejecución. Mientras ellos deliberaban, los soldados acudían y se agrupaban alrededor del templo, lanzando furiosos gritos y amenazando dar comienzo de un momento á otro al degüello. Bonchamps, que estaba muriéndose, enterado de lo que ocurría, envía á toda prisa á uno de sus oficiales, con la orden de que se perdone á los cautivos. «Esta es, les dijo, la última orden que os daré; aseguradme que será cumplida!» El grito de «Gracia! Bonchamps lo quiere!», aplacó á las turbas: tal era el respeto que éstas profesaban al más querido de sus generales. No pudiendo llevarse á los prisioneros á la otra orilla del Loira, les dieron la libertad. Entre ellos, había uno cuyo nombre merece consignarse. Hudaudine, guardia nacional de Nantes, el cual fué encargado, á raíz de caer preso, de ir á proponer á los nanteses el cange de prisioneros. Conforme á las máximas inflexibles del tiempo, las autoridades republicanas rehusaron transigir con los rebeldes, y se asegura que Hudaudine fué de este mismo parecer. Había prometido volver á la cárcel caso de fracasar su negociación, y cumplió la palabra, sin que los ruegos de su familia, ni los consejos de sus amigos, ni la seguridad de que le aguardaba la muerte, le hiciesen vacilar un punto. Admirados los vendeanos de aquella grandeza de alma, le perdonaron, y él, á su vez, salvó más tarde la vida á la viuda de Bonchamps, condenada por el Tribunal revolucionario.

El ejército vencedor se dividió, yéndose parte á proteger las poblaciones de Angers y Nantes, que se temía atacasen los fugitivos; parte, á rematar la sumisión del Bocage, y el otro cuerpo, á perseguir á Charrete en el Marais. Pero los vendeanos, después de haber nombrado general en jefe, en sustitución de d'Elbée, al joven la Rochejaquelein, tomaron el camino del Bajo Maine, en la esperanza de reclutar nuevas gentes y volver á la Bretaña. Y gentes que reclutar no faltaban. Allí estaban los «chuanos,» partidas rebeldes, que, ocultas en los bosques, hacían una guerra sutil de asiento y de saqueo, contra las autoridades republicanas y los patriotas, y se extendían hasta la alta Bretaña, donde se daban la mano con los campesinos insurrectos del Morbihan. Los vendeanos entraron en Chateau-Gonthier, donde degollaron al juez de paz, al cura constitucional y á los individuos del Ayuntamiento; á continuación, se apoderaron de Laval, débilmente defendido, usando aquí con los sacerdotes constitucionales y con los funcionarios de la misma crueldad que

en Gonthier. Ibales á la zaga el ejército republicano, que el veinticinco de Octubre se reunió en Villiers, punto medio entre Chateau-Gonthier y Laval, donde los jefes acordaron dar un día ó dos de descanso á los soldados extenuados de cansancio, sin zapatos y casi sin víveres. Pero al amanecer del siguiente día, Lechelle, infringiendo el plan acordado con su consentimiento, ordena marchar á Laval por la orilla izquierda del Mayenne, el ejército entero, por un solo camino y en una sola columna. En las alturas de Entrames, la vanguardia y la división maguntina de Kleber traban combate con los vendeanos que las ocupaban; mas la división que iba tras ellos y que debía sostenerlos, vuelve la espalda y, con ella, el general en jefe. Al verse los maguntinos solos, ceden y se desbandan á su vez, abandonando la artillería y siendo perseguidos largo trecho. Al día siguiente los rehizo Kleber, que escribió: «Cuando me ví en medio de aquellos bravos que hasta entonces no habían conocido más que victorias, cuando los ví apiñarse en torno mío transidos de dolor y de vergüenza, los sollozos ahogaron mi voz...» Un solo grito se oía en todas las filas: «¡Abajo Lechelle!», el cual tuvo el buen acuerdo de retirarse pretextando enfermedad, y el ejército fué á reconstituirse en Angers, bajo la dirección de Kleber.

Si aquel día los vendeanos retroceden al Loira, repasan el río y reaparecen victoriosos en su país, todo hubiese vuelto á comenzar de nuevo; y esto es lo que proponía la Rochejaquelein, á quien su mucha juventud le quitaba en el Consejo la autoridad de que su valor le daba en el campo de batalla. Rechazado este dictamen, lo que más les convenía era penetrar en Bretaña y provocar una sublevación general. Mas tampoco tomaron este partido. Se dejaron prender de la vacilación, siempre precursora de la desgracia, y en brazos de ella, fuéronse á Mayenne, luego rodearon hacia Fougères, donde «justificaron por inauditas barbaries, al decir de un testigo ocular, el dictado de bandidos hasta en los siglos más remotos». Diéronles alcance aquí dos emisarios, disfrazados de campesinos, que les traían, ocultos en un bastón hueco, dos despachos, á saber: una carta muy animadora, del monarca inglés, y una comunicación en la que el ministro de éste, Dundas, les anunciaba socorros, á condición de que se apoderasen de un puerto de mar, señalándoles como el más conveniente Granville, por su proximidad á la isla Jersey, donde se estaba preparando una expedición. Los vendeanos no vacilan: por Del y Avranches se encaminan á Granville, rechazan una salida de la guarnición y se alojan en el arrabal. Pero no pasaron de aquí. Desde la roca donde se elevan la pequeña ciudad y su ciudadela, las baterías cañonearon el arrabal y la playa; dos navíos surtos en el puerto disparaban también, impidiendo á los sitiadores dar la vuelta á la roca en la marea baja; no tenían éstos ni una escalera ni un hacha, ni un petardo, nada de lo que es menester para un asalto, y á todo esto, la escuadra inglesa no parecía. Los ánimos cedieron. Al día siguiente, catorce de Noviembre, las obuses pegan fuego al arrabal; los vendeanos que lo ocupaban huyen precipitadamente tomando el camino de Avranches; síguelos á la desbandada el resto del ejército,

corriendo á campo traviesa para ganar el mismo camino, que en un instante se cubrió de más de veinte mil fugitivos, los cuales anduvieron en cuatro horas un trayecto de seis leguas. Desde este día, la ruina de los vendeanos era inevitable. El desaliento cundió en aquella abigarrada muchedumbre, que ya no tuvo más que una sola idea: volver á su país. En vano la Rochejaquelein intentó arrastrarla á lo interior de la Normandía arrojándose con la flor y nata de sus guerreros en la pequeña población de Villedieu, que tomó y entregó al saqueo. No logró dar un paso más. La masa vendeana volvió la cara al Mediodía, y el general tuvo que seguir á su ejército en vez de dirigirlo. No dejará de alcanzar todavía, por las faltas de los republicanos, algunas ventajas; pero que sólo servirán para retardar un poco más su ruina. El mejor historiador de la guerra de la Vendée, Savari, compañero de Kleber, compara el ejército vendeano, desde este instante, á un jabalí herido, que, antes de morir, sólo magulla á los cazadores torpes que encuentra á su paso.

Las tropas republicanas, habiéndose reorganizado en Angers, se movieron en dirección á Rennes, que se creía en peligro, y donde se reforzaron con el pequeño contingente denominado ejército de Brest. El más sutil mago no adivinaría, de seguro, qué general fué nombrado en sustitución de Lechelle. Había reemplazado éste á Canclaux y á Rosiñol; pues ahora, vuelta á las andadas, reemplaza á Lechelle el mismo desventurado Rosiñol. ¿Cabén más ni mayores torpezas que las cometidas en esta guerra por el Comité de Salvación Pública y la Convención? Las consecuencias se tocaron bien pronto. Por el atolondramiento de Rosiñol y la temeraria fogosidad de Westermann, fué desechado el plan propuesto por Kleber de bloquear á los vendeanos y obligarlos á rendirse por hambre, por las mismas causas, fracasaron los dos ataques, dados en los días veintiuno y veintidós de Noviembre, contra el ejército insurrecto acampado en Dol, costando el segundo á los republicanos una derrota que los hizo correr hasta Rennes. En esta jornada murió el joven Barra, de trece años de edad, á quien los vendeanos intimaron gritar «¡viva el rey!», y él gritó «¡viva la República!», cayendo al punto acribillado de golpes y abrazado á la escarapela tricolor. La Convención decretó que sus restos fuesen llevados al Panteón. Rosiñol tuvo ahora una feliz inspiración, que casi le redime de sus grandes pecados: reconoció al cabo que no había nacido para mandar ejércitos, y presentó la dimisión. No se la aceptaron los representantes; pero se decidieron á concluir por donde habrían debido empezar, por confiar provisionalmente á Kleber la dirección efectiva de las operaciones.

Los vendeanos, á pesar de las ventajas recién alcanzadas, continuaron perezosamente su camino hacia el Loira, por Fougères y Laval. Más que ejército, parecía una de aquellas emigraciones de tribus, tan frecuentes en los albores de la Historia. Habían perdido su antigua organización por parroquias, y no habían adquirido la de tropas regulares. Todo iba barajado: adultos con armas, adultos sin armas, frailes, curas, viejos, mujeres y niños. A la cabeza y á la cola marchaban los guerreros, unos treinta mil hombres, con